

EL VIEJO Y EL NUEVO SOCIALISMO

Alfonso Guerra

1. EL VIEJO SOCIALISMO

Lo primero que se constata cuando se escribe del socialismo del pasado y del socialismo del futuro es que nos encontramos en un momento de profunda revisión de muchos de los postulados y de los análisis fundamentales en los que se ha venido sustentando el socialismo durante más de un siglo. Si en el año 85 manifesté en las reuniones de Jávea¹ que «hoy en día se empieza a difundir la conciencia de que algunas de las viejas formulaciones del pensamiento socialista se han convertido, con el paso del tiempo, en clichés desfasados que ya tienen poca utilidad, y sin embargo nos cuesta plantearnos que esos principios tengan que renovarse e incluso que sea preciso reconocer la virtual pérdida de vigencia de algunos de esos principios», hoy creo que tras los acontecimientos de los últimos meses en varios países comunistas y los nuevos enfoques que se están difundiendo en el debate teórico, las reticencias al análisis y a la renovación empiezan a desaparecer.

Incluso, en nuestros días, tras muchos años de dificultades para la crítica en algunos ámbitos concretos, y de algunos silencios que eran fruto de cierto sentimiento de pudor intelectual y político, el riesgo que se puede correr es el de deslizarse en un movimiento pendular hacia una crítica total

y absoluta del socialismo histórico, en la que no se llegue a *discriminar* suficientemente lo que hay de válido y de inservible en las experiencias y las reflexiones teóricas del pasado.

La responsabilidad de los intelectuales de izquierdas es, sin duda, la de ser capaces de someter nuestros legados del pasado a una revisión crítica tan dura como sea necesaria. Pero en esta crítica hay que evitar la irresponsabilidad de deslizarse hacia el papel de dinamitadores de la historia, o de enterradores de principios en los que han descansado las esperanzas de emancipación de la humanidad.

Por ello, antes de recordar algunos de los elementos tradicionales del socialismo que han quedado en desuso o aquellos que se han demostrado erróneos, creo que es de justicia nuestro reconocimiento no sólo a todos los pensadores que, desde mediados del siglo XVIII, han ido aportando conceptos, ideas y teorías que han permitido el desarrollo del pensamiento socialista, sino también a todos los que con su esfuerzo y su militancia han participado en los más diversos rincones del mundo en la lucha por una sociedad mejor y más justa. Sin ellos el mundo actual sería otro y, sin lugar a dudas, bastante peor.

Los que hemos aprendido a reflexionar teóricamente y a trabajar políticamente en el marco de

¹ Encuentros anuales sobre el *Futuro del Socialismo* organizados por la Fundación Sistema en Jávea (Alicante, España).

culturas milenarias, sabemos muy bien que no podemos juzgar con justicia histórica en todos sus detalles a los que nos precedieron en el tiempo sin tener en cuenta las circunstancias específicas de su época y de su contexto. Con sus errores y con sus limitaciones hay que resaltar, por ello, que el movimiento socialista ha cumplido una de las funciones que pretendía realizar: transformar el mundo.

De la misma manera que nosotros somos deudores de las circunstancias y las posibilidades específicas de la época que nos ha tocado vivir, los padres del socialismo lo fueron de la suya. Una época marcada por las grandes construcciones intelectuales de los positivistas, de Kant, de Hegel... con todo lo que ellas tienen en común de voluntad totalizadora y omnicomprendiva. De ahí que el socialismo, especialmente la teoría marxista, aspirase a ser un pensamiento sintético, unificador y totalizante, y de ahí que tal pretensión se tradujera en la práctica en una fuerte tendencia a la *simplificación* y el *dicotomismo*.

Pero el socialismo no sólo surgió en una época dominada por la confianza en las posibilidades de construir un pensamiento científicamente veraz y definitivo, sino que también vino influido por otros elementos, procedentes del pensamiento judeo-cristiano o del espíritu revolucionario de la época, penetrados por una visión finalista de la historia que proyectaba una actitud «salvadora» de toda la acción social y política; de ahí la mitificación de la revolución, del *momento revolucionario*, como esperanza de una *catarsis* total de las conciencias, de la cual resultaría —se pensaba— una conversión «salvadora» de la humanidad.

Pese a la voluntad declarada de intentar elaborar una teoría científica (estimulada —a su vez— por el gran impulso de las ciencias y de las técnicas), todos estos elementos se reflejaron en fuertes tendencias hacia una visión teológica del socialismo, con su componente inevitable de dogmatismo, de simplificación y de acriticismo que se puso más en evidencia en su línea postmarxista. Y cada vez con más agudeza en el marxismo-leninismo, en el estalinismo y en el maoísmo.

Esta concepción cuasi-religiosa del socialismo, que llevaba a remitir la solución de todos los males a una *catarsis* revolucionaria final, ha impregnado durante muchas décadas buena parte de los debates de la izquierda. Incluso en el ámbito del socialismo democrático, durante los años cincuenta y sesenta sobre todo, la gran acusación de los radicales no se refería —si recuerdan— a la posibilidad real de conseguir mejoras sustanciales para los trabajadores con las reformas introducidas o conquistadas en duras batallas políticas y sociales,

sino que lo que se planteaba con frecuencia era si aquellas acciones nos acercaban o nos alejaban del gran momento de la revolución. Actualmente, cuando ya finaliza la década de los ochenta, y sólo nos separa una decena de años del horizonte del nuevo siglo, la quiebra teórica y práctica de lo que supuso la esperanza en aquellas revoluciones míticas ha dado por cerrado muchos de aquellos debates interminables.

Este *concepto de revolución* estaba emparejado, a su vez, con una *visión bipolar y ahistórica del conflicto social* que daba lugar a una *teoría del sujeto único revolucionario*, mediante la cual se proveía de todos los valores positivos y de todas las potencialidades redentoras al *proletariado*, como clase social permanente, ascendente, universal, en proceso de depauperación progresiva y sometida continuamente a una dictadura —hasta el momento de la ruptura revolucionaria— por parte de la otra clase detentadora de los medios de producción, cada vez más concentrada y explotadora y que ejercía una dominación a través de la organización de un *Estado* que se consideraba, por tanto, como un aparato opresor y nefando que había que suprimir o superar.

Esta articulación y proyección mecanicista y atemporal de conceptos, algunos de ellos acertados y correctos en el momento específico en que se formularon inicialmente, produjeron en mayor o menor grado un pensamiento y una práctica política dominada por las estrecheces y la rigidez, que sólo con enormes dificultades, traumas y convulsiones fue progresivamente dando lugar a rectificaciones y adaptaciones, por parte de unos, y a encapsulamientos más dogmáticos y sacralizados por parte de otros.

De la interpretación de la teoría del sujeto único revolucionario, de la visión más o menos rígida, más o menos permanente del conflicto social entre las clases y del mayor o menor valor dado a la persona como individuo y a su libertad se derivaron, a su vez, concepciones políticas y organizativas diferentes del socialismo, a partir de un tronco histórico común que en sus orígenes no aparecía tan diferenciado como llegó a serlo.

Desde un punto de vista teórico es verosímil pensar que si Marx hubiera escrito después de Freud, y lo hubiera hecho en un contexto intelectual influido por unas concepciones científicas más abiertas y modernas, su gran capacidad de síntesis y de asimilación se hubiera traducido en una influencia teórica sobre el socialismo ulterior de signo bastante diferente. Pero más allá de la melancolía que puede suscitar esta reflexión es evidente que la historia ni se repite ni se inventa y que

nosotros como hombres de nuestra época debemos atenernos a los datos ciertos de la historia, siendo capaces de aprender de ellos a partir de las nuevas ópticas y posibilidades de nuestro tiempo.

Desde un punto de vista histórico, del concepto de clase —y de la versión sobre la clase «redentora»— se pasó lógicamente al concepto de «partido de clase». De esta manera, algunos de los que creían en la inexcusabilidad de un partido de clase para realizar una revolución salvadora infirieron inmediatamente la necesidad de una estructura de partido de vanguardia, que una vez alcanzado el poder —normalmente por la acción violenta—, y para purificar la sociedad, utilizaba el Estado y por tanto ejercía una dictadura de clase que en la práctica se convirtió en algunos países en dictadura de la antedicha vanguardia, es decir, en una *dictadura de partido*.

Dictadura de partido que, debido a su propia dinámica y a la influencia más general de la *cultura autoritaria* que se difundió en los años treinta, se transformó en una dictadura sin más. Esta secuencia negativa ya fue denunciada y predicha por Rosa Luxemburg en 1917, con resultados posteriores que están perfectamente a la vista, y de los que solamente algunos comunistas lúcidos, como Gramsci, acertaron a distanciarse en su día.

Por otro lado, el socialismo democrático que también partía del concepto común de partido de clase, a medida que asumió como consustancial a su proyecto la voluntad y los procedimientos democráticos (como forma de autorregulación organizativa y como procedimiento de acceso y eventual mantenimiento en el poder) y a medida que la dicotomía social inicialmente postulada se quebró y se difuminó en la realidad práctica, evolucionó hacia un concepto de partido de masas más amplio, capaz de conseguir un apoyo electoral mayoritario para realizar por métodos y procedimientos democráticos y pacíficos una política de reformas progresivas. En algunos casos, a su vez, el concepto de partido de masas evolucionó hacia formulaciones más genéricas e indiferenciadas («partido popular», «interclasista», «de todo el pueblo»), con todo lo que ello implicó —e implica— de riesgos de inconcreción sociológica y política del proyecto socialista.

Sin embargo, lo cierto es que, más allá de insuficiencias y limitaciones, la óptica socialdemócrata hizo posible el acceso democrático al poder de buen número de partidos socialistas europeos, permitiendo comprobar las posibilidades que ofrecía la utilización de ese instrumento tan denostado que era el Estado para desarrollar políticas sociales y redistributivas. Quizás muchos necesita-

ron que llegara la *crisis fiscal del Estado* de los años sesenta, y la fuerte ofensiva neoconservadora contra el *Estado de Bienestar* de los ochenta, para comprender en todo su alcance las posibilidades de reforma y de cambio social que se ofrecían por esa vía.

El error histórico de creer que el Estado como estructura era exclusivamente un instrumento todopoderoso y monolítico al «servicio» de la clase dominante denota no sólo una insuficiente capacidad de imaginación y de análisis, sino que refleja también el escaso desarrollo de la sociología —de la sociología de la organización— en el horizonte temporal en el que se hicieron estas simplificadoras interpretaciones.

Las organizaciones poseen fines y funciones propios por encima de los intereses que originaron su creación, de la misma manera que los diferentes grupos que se desenvuelven en ellas los tienen a su vez. Por esta razón el Estado, que efectivamente fue un instrumento al servicio de la burguesía, fue dejando paulatinamente de cumplir este papel exclusivo en las democracias, para convertirse en un instrumento de garantía para los sectores sociales más débiles, en un elemento de equilibrio entre las regiones y en un factor de integración para la defensa de los intereses colectivos. Por la misma razón, el partido de vanguardia que se creó para hacer la revolución para la clase trabajadora acabó devorando a la revolución en su propio beneficio, como denunció Djilas hace ya bastantes años en su libro *La nueva clase*.

Por último cabe decir en esta apretada revisión que del concepto de clase cerrado y estático se derivó asimismo un igualitarismo ingenuo y angelical que a veces dislocó tanto el discurso político como la vertebración de las demandas sociales, que, como hoy casi nadie duda, ya no pueden enfocarse en toda su complejidad sociológica y económica a partir de simplistas y uniformadoras respuestas colectivistas.

2. LOS IMPACTOS TRANSFORMADORES Y EL NUEVO SOCIALISMO

En nuestros días la acumulación de informaciones y de datos disponibles sobre las perspectivas y posibilidades de cambio en la realidad ha llegado a ser de tal naturaleza que en los círculos medianamente documentados se ha generado un grado de consenso que a veces, incluso, está permitiendo prescindir analíticamente de la argumentación sobre el *cambio*. Actualmente se puede decir que no sólo los sectores ilustrados de la sociedad,

sino el conjunto más amplio de los ciudadanos viven bajo la *conciencia del cambio social*. Estamos ante sociedades muy dinámicas que se encuentran en los umbrales de procesos de transformación muy intensos y profundos. Y la *conciencia del cambio* se ha convertido en uno de los puntos de referencia fundamentales de las reflexiones teóricas y de las prácticas políticas.

Lo primero que se desprende de un rápido repaso como el que acabo de efectuar —y que estamos haciendo todos en unos u otros lugares— es que los teóricos y los políticos son hijos de las limitaciones de la cultura y del saber de su época y que con el tiempo las realidades económicas, sociales, tecnológicas y políticas se modifican y presentan nuevos e inesperados aspectos, que precisan de nuevas e impensadas soluciones.

Con toda la cautela necesaria, pues, hay que profundizar en las nuevas realidades que se han hecho presentes y se avecinan y en las nuevas soluciones que somos capaces de ofrecer.

Para ello, es preciso empezar por preguntarnos qué podemos entender hoy por *socialismo* con una mínima visión de futuro.

2.1. ¿Qué socialismo?

El socialismo del futuro *ni parte de cero* ni debe entenderse como un *a priori cerrado*. El socialismo es un ideal emancipador ínsito del proceso histórico, que influye y es influido por las propias circunstancias del devenir social concreto.

La experiencia histórica, como hemos apuntado, nos previene contra los riesgos políticos y las deformaciones teóricas a que dan lugar las pretensiones de entender un ideal como un «sistema-cerrado», con formulaciones y previsiones para todo. Los hombres de nuestro tiempo sabemos que las *formulaciones absolutas* acaban estimulando el desarrollo de mecanismos sociales distorsionadores y vicios de procedimiento que se traducen en una inversión tal de la lógica de las situaciones que, finalmente, la *absolutización de la formulación* termina por imponerse no sólo sobre las exigencias de la realidad, sino también sobre las propias necesidades humanas y sociales.

El socialismo del futuro ha de ser entendido como algo totalmente distinto a un *dogma* o una *pseudo-religión*, traducible en un catecismo o un repertorio de formulaciones que sea preciso creer o no creer para siempre de una manera no racional o no reflexiva.

El socialismo es un impulso, un ideal que se va desarrollando y formulando en el proceso históri-

co, a partir de la reflexión teórica y del contraste con las experiencias concretas. El socialismo no pretende trazar un cliché *a priori*, un dibujo totalmente terminado del tipo de sociedad que se debe tomar como referencia inexorable, sino que el socialismo es el proceso de desarrollo y ajuste de unos ideales emancipatorios a sociedades concretas en momentos históricos determinados. En este sentido es en el que puede decirse que el socialismo no es un *totus* que sea posible conquistar definitivamente en un momento determinado como culminación y fin de la historia, sino que es un elemento básico del dinamismo social, ubicable en una perspectiva que aspira a una perfección progresiva de las comunidades humanas que nunca será totalmente alcanzable.

Por ello, para progresar en la construcción del socialismo como un ideal emancipador y como una guía de orientación para la evolución concreta de las formas de organización social, es preciso ser capaces de formular las perspectivas a través de las que resulte factible superar las carencias, contradicciones, alienaciones, dominaciones, fuentes de miseria y de malestar social, etc., que taponan las posibilidades de progreso libre, igualitario y solidario de una sociedad concreta en una perspectiva histórica determinada.

El socialismo del futuro, pues, se ha de construir a partir de unos debates absolutamente libres y des-prejuiciados, en una tarea de elaboración teórico-práctica en la que será necesaria una colaboración muy estrecha y directa entre intelectuales y responsables políticos. Lo que en este momento necesitamos para hacer progresar el socialismo no es ni un repertorio de justificaciones *a posteriori* de una práctica política de corto alcance, ni una reflexión filosófica abstracta sobre principios desconectados de la realidad, sino una *guía teórica para la práctica política de los próximos años*.

2.2. El horizonte de la sociedad del futuro

Desde la perspectiva presente resulta difícil prever con precisión la manera en que se van a estructurar las sociedades del futuro en todos sus detalles. Sin embargo, en nuestros días se está generalizando una impresión muy amplia de que nos encontramos en los umbrales de cambios muy importantes en todos los órdenes, que van a afectar de una manera fundamental a aspectos básicos de la organización de nuestras sociedades.

Algunos teóricos sociales, incluso, han llegado a apuntar que los cambios que se avecinan ten-

drán más importancia que los que implicó el tránsito de la sociedad agraria tradicional a la sociedad industrial moderna.

Aunque estamos aún en los inicios de muchos de estos procesos de cambio y los nuevos perfiles sociales tardarán algún tiempo en delinearse con nitidez, lo cierto es que ya en nuestros días se pueden vislumbrar algunas de las principales líneas de transformación. Así se pueden prever a corto y medio plazo importantes cambios en la *naturaleza y el papel del trabajo* (que se desarrollará cada vez de manera más desmanualizada, dando lugar a una evolución progresiva desde una civilización del trabajo a una civilización del ocio), en las *clases sociales* (con emergencia de nuevos sectores y una acelerada pérdida de peso social y económico de otros), en la *estructura del poder* (que será cada vez más transnacional, más anónimo y más influido por nuevos elementos culturales, tecnológicos, etcétera), en las *relaciones sociales* (que bascularán cada vez más sobre elementos «micro», serán menos formalizadas y darán lugar a nuevas identidades sociales), en el *mapa internacional* (con una redefinición de los espacios políticos y diversos cambios económicos y políticos muy importantes que ya se apuntan claramente en nuestros días), etc.

Ante este cúmulo de cambios sociales y de nuevas situaciones, resulta lógico pensar que la naturaleza de los conflictos sociales en las sociedades del futuro será significativamente distinta a la que ha tenido lugar durante las primeras etapas de desarrollo de la sociedad industrial capitalista.

Por ello es esencial que el socialismo sea capaz de prever con suficiente claridad qué tipo de conflictos, de problemas, de carencias sociales y culturales, etc., se van a producir con carácter más prevalente en los nuevos tipos de sociedades tecnológicamente avanzadas que se apuntan en el horizonte histórico.

Desde un punto de vista muy general se puede decir que los elementos de conflicto y de desajuste social tenderán a diversificarse de manera muy considerable, como no puede menos de ocurrir en sociedades muy complejas que además están experimentando intensos procesos de cambio. Se acentuarán las dimensiones no económicas de la desigualdad, de forma que cada vez serán más importantes las desigualdades asociadas a factores personales, como la edad (jóvenes con menos oportunidades de encontrar empleo, jubilados con pensiones escasas...), el sexo (persistencia de elementos de discriminación de la mujer), el nivel cultural (que da lugar a oportunidades vitales y sociales muy distintas), el lugar de residencia (con

impactos ecológicos y oportunidades de calidad de vida diferenciadas), por no hablar de los elementos nacionales, que se traducen en unos niveles de vida —y unas expectativas de futuro— extraordinariamente desiguales entre unos y otros pueblos de este planeta.

La complejidad de las nuevas situaciones exige un esfuerzo riguroso por entender cuáles van a ser las demandas y las necesidades sociales que van a plantearse en un futuro inmediato.

En este sentido debemos empezar por profundizar *en primer lugar* en las *demandas personales*. ¿Qué van a querer básicamente los ciudadanos en esas sociedades del futuro en las que ya nos estamos adentrando? ¿Qué van a *demandar* de los *socialistas*? Un socialismo pensado al margen de las *demandas personales* que van a plantear —que ya están planteando— los ciudadanos de las sociedades industriales avanzadas tendrá pocas posibilidades de éxito. Por ello debemos estar dispuestos a dedicar una atención muy prioritaria a la reflexión sobre esta cuestión. De momento, y simplificando mucho, podemos decir que la primera *demanda personal* será —es ya— un *estándar de bienestar*, un nivel de disposición de recursos materiales (vivienda, bienes de consumo, ingresos, etcétera) y un grado de acceso a la educación, a la cultura y a la atención sanitaria que configuran la imagen del *nivel de vida* «alcanzable» por una población en un momento dado. Este *nivel medio de vida* constituye no sólo un reflejo de lo que en realidad ocurre, sino que es una «aspiración», un *modelo de referencia socialmente establecido*, tal como se refleja en la conciencia colectiva y tal como transmiten los medios de comunicación. Y puede dar lugar, por tanto, a frustraciones y conciencia de limitaciones en los ciudadanos que no alcanzan ese estándar propio de una época histórica. Junto a ello una fuerte demanda personal; es la que aparece asociada a la idea genérica de *seguridad*, que tenderá a hacerse tanto más importante cuanto más se encuentren asegurados los mínimos vitales de subsistencia y que adquirirá un alcance especial en sociedades que estén experimentando intensos procesos de cambio, con todos los elementos de tensión e incertidumbre asociados. Las demandas de seguridad irán desde la seguridad ciudadana (como reconocimiento de derechos y como protección personal), la seguridad de *status* y de reconocimiento social (en una perspectiva de equidad y de igualdad de trato y de oportunidades), la seguridad de empleo (como actividad social y/o como medio de subsistencia), la seguridad ante el infortunio y la enfermedad (como garantía de una existencia más sana y de una mayor

calidad de vida) y la seguridad ante los grandes riesgos colectivos (guerras, catástrofes, etcétera), entre los que los elementos ecológicos tenderán a adquirir una importancia creciente, incluso en su específica dimensión de demanda personal de unas condiciones de vida ambientalmente más sanas.

En *segundo lugar* es necesario profundizar en cómo van a evolucionar y cómo se van a manifestar las necesidades y *demandas colectivas o grupales*, no sólo de las *clases sociales* de naturaleza económica, tal como las hemos entendido tradicionalmente (que pugnan por conquistar mayores cuotas de poder social y de participación en los beneficios), sino también de nuevos y diversos grupos de interés económico o social sectorial que a veces cuentan con importantes instrumentos organizados de presión (grupos de presión económicos o institucionales, organizaciones corporativas, asociaciones de consumidores, de vecinos, etc.). Y sobre todo, habrá que prestar una especial atención a las demandas de aquellos sectores menos formalizados y que sufren —o pueden sufrir— en mayor grado las marginaciones, las carencias y las subordinaciones sociales, como ocurre con esos amplios grupos socialmente infrapositionados y generalmente situados fuera de la lógica del mercado a los que algunos sociólogos han empezado a calificar como *infraclases*, y que ven definida su posición social —y sus carencias— básicamente a partir de factores culturales y personales (nivel de educación, edad, sexo, etc.).

En *tercer lugar* una perspectiva socialista de futuro no puede olvidar, ni mucho menos, las propias *necesidades de conjunto del sistema social*, máxime en sociedades en las que se apuntan los riesgos de ciertas tendencias disgregadoras y de algunos desajustes del sistema que son resultado de la inapropiación de determinados elementos de la teoría económica clásica para garantizar un crecimiento económico armónico y sostenido que no implique graves costos y riesgos personales, sociales y medioambientales. Es por ello por lo que en las nuevas sociedades que están emergiendo, los desajustes sociales que resultan de la dificultad de ofrecer un trabajo digno y seguro para todos, para garantizar los equilibrios medioambientales básicos y para asegurar una disposición de recursos naturales suficientes para las futuras generaciones, se han convertido en elementos fundamentales de referencia para un proyecto socialista de futuro, frente a la improvisación y a los riesgos de tensionamiento que introducen en la dinámica social los enfoques neoconservadores con su postulamiento

absoluto del librecambismo y el ultraindividualismo insolidario.

A partir, pues, de esta comprensión de la complejidad de lo social y de nuestra capacidad para ofrecer alternativas que den respuestas integradoras a las diferentes *demandas y necesidades sociales* puede garantizar el socialismo el futuro de una sociedad en la que se pueda alcanzar el máximo de las posibilidades de bienestar material sin poner en riesgo equilibrios colectivos y medioambientales básicos, o valores y derechos humanos fundamentales.

2.3. *El socialismo del futuro*

La clarificación sobre la manera específica de entender el socialismo del futuro ha de ser, naturalmente, el resultado de los múltiples debates que en estos momentos se están realizando. Estamos, sin duda, ante unos debates profundos y muy ricos en matices, cuyo resultado final es prematuro aventurar mientras la discusión y la reflexión permanezca aún abierta. Nuestra convicción es que entre todos vamos a ir concretando progresivamente los perfiles de ese socialismo de futuro que nos demandan las circunstancias presentes, y lo iremos concretando de una manera abierta, dialécticamente, mediante un trabajo teórico-práctico riguroso e imaginativo.

El socialismo del futuro, sin embargo, no debemos entenderlo como el punto cero de una nueva singladura, ni como una nueva realidad absoluta a imaginar haciendo tabla rasa del pasado. Como ya hemos subrayado, el socialismo del futuro hunde sus raíces en una larga trayectoria histórica de progreso humano y social, y, sobre todo, es un proyecto que debemos plantear a partir de todos los logros alcanzados con el desarrollo de las políticas sociales y redistributivas de las últimas décadas.

Una vez que en buena parte de las sociedades occidentales de nuestro entorno se han asentado formas de convivencia democráticas, se han alcanzado determinados niveles de crecimiento económico y se han asegurado determinados mínimos vitales para la mayoría de la población, el papel básico del socialismo se ha de orientar a la eliminación de todo vestigio de dominación del ser humano, sea ésta económica, política, cultural o étnica y a la emancipación del hombre, a través de:

— La *profundización y extensión* de las *formas y procedimientos democráticos* en los diferentes ámbitos de la vida social, haciendo posible la *participación efectiva* de los ciudadanos en los asun-

tos públicos y la perfección progresiva de los mecanismos de *autorregulación social* colectiva.

— La *igualdad* y la *extensión de la cultura y de la educación* que vivifique el sentido profundo de la libertad.

— La ampliación de los tiempos y espacios sociales que permitan el ejercicio y disfrute personal de las propias *capacidades humanas creativas* y el desarrollo de una existencia más *sana* y gratificante.

— La superación de las condiciones de *marginalización social* y de *pobreza* en que viven amplios sectores de la población.

— La creación de las condiciones de *equilibrio* y *armonía social* que garanticen una progresiva mejora cualitativa y cuantitativa de los *niveles de vida* de los ciudadanos y aseguren a la vez unos estándares sociales dignos para todos y una adecuada *estabilidad* de los sistemas políticos democráticos.

— La paz, el equilibrio internacional, que dé seguridad y desvíe los recursos dedicados a las armas hacia inversiones que garanticen bienestar y la protección del medio natural.

Sin duda alguna en determinadas partes de este planeta existen actualmente las condiciones adecuadas como para poder plantear un desarrollo del socialismo en esta dirección. Pero el socialismo del futuro no puede ser entendido meramente como una fórmula de progreso y de bienestar para las naciones más ricas y privilegiadas de este planeta. Sin solidaridad no se puede hablar verazmente de socialismo. Por ello, el socialismo de esa minoría de naciones desarrolladas de este planeta ha de esforzarse, a la vez, en lograr que esas naciones evolucionen conforme a metas como las que acabamos de enunciar y, al mismo tiempo, trabajar para crear las condiciones internacionales que permitan desarrollar una efectiva y eficaz política de solidaridad y de reequilibrio en las hirientes asimetrías y dependencias internacionales actuales.

Los hombres de nuestra época sabemos muy bien en qué se tradujeron realmente las formulaciones socialistas originarias de un *internacionalismo inconcreto y retórico*. También conocemos las limitaciones y problemas —acrecentados por el transcurso del tiempo— de las experiencias de los *socialismos nacionales* y, sobre todo, conocemos bien el sinsentido y las aberraciones a que dio lugar la concepción del «*socialismo en un solo país*», al que retóricamente se aludía como «*patria del socialismo*».

La idea de un «gheto» o de un «paraíso de privilegiados» es incompatible con aspectos medula-

res de las aspiraciones socialistas. La cuestión hoy estriba en determinar cómo podemos trabajar eficazmente —y no de una manera meramente retórica— por un desarrollo virtual de las políticas solidarias internacionales propias del socialismo.

El carácter que han llegado a adquirir las desigualdades internacionales, junto a la propia diversidad de circunstancias culturales, políticas y geográficas, hacen muy difícil que en un mundo tan complejo como el actual se puedan llegar a formular opciones y planteamientos socialistas exactamente válidos —y aplicables— para todos los países del planeta. Tenemos que partir, pues, de asumir la propia complejidad de lo real en el campo internacional y no dejarnos arrastrar nuevamente por la trampa de las meras declaraciones internacionalistas enunciativas y retóricas que a nada comprometen, pero nada logran resolver.

Razones de carácter económico, político, tecnológico, cultural, etc., exigen que el socialismo del futuro se plantee como un proyecto aplicable sobre *espacios geográficos y económicos virtuales*, pero, a su vez, creando las condiciones que permitan su efectiva proyección práctica internacional. Así pues, en la medida en que en los países europeos se dan las condiciones para el desarrollo de un socialismo solidario, el socialismo europeo debe comprometerse activa e intensamente en el desarrollo de las herramientas teóricas y organizativas precisas desde las que poder alcanzar una *hegemonía política* que permita avanzar en la dirección apuntada, poniendo toda la enorme capacidad europea al servicio de una política de solidaridad y de cooperación internacional, que no esté basada en proyectos expansionistas, ni en el establecimiento o mantenimiento de forma alguna de dependencia o dominación.

¿Podrá fraguarse a medio plazo un planteamiento de socialismo de futuro como el que aquí estamos apuntando? ¿Será capaz el socialismo europeo de dotarse de los instrumentos organizativos que las nuevas situaciones demandan? ¿Logrará un apoyo social suficiente en los prósperos y en muchos aspectos insolidarios *sectores emergentes establecidos* de las sociedades europeas? ¿Con qué impulsos y con qué apoyos sociales será posible construir y hacer avanzar el socialismo del futuro?

El socialismo histórico fue impulsado básicamente por las clases trabajadoras en ascenso de las sociedades industrializadas tradicionales. Pero ahora, cuando se está produciendo un intenso proceso de robotización del trabajo y cuando las clases trabajadoras manuales se encuentran más asentadas económicamente y su número decrece

significativamente es necesario preguntarse con toda crudeza: ¿Quién va a constituir la mayoría social en la que se pueda apoyar el socialismo para desarrollar por métodos pacíficos y democráticos su proyecto de futuro? ¿El socialismo del futuro puede acaso ser entendido como un mero proyecto ideológico sin sujeto, o sujetos sociales específicos?

Quizás aún sea pronto para dejar zanjadas estas cuestiones, pero lo cierto es que hoy por hoy debemos entender que el socialismo del futuro habrá de contar por necesidad con unos apoyos sociales más amplios y diversificados que los tradicionales, prestando una especial atención a la capacidad de impulso que pueden aportar grupos de referencia no laboral como las «infraclases» o los «nuevos movimientos sociales», que en cierta medida reflejan la emergencia de nuevas sensibilidades sociales y políticas, ante la presencia de algunos problemas y elementos de desajuste que están adquiriendo una importancia creciente en las sociedades de nuestros días (las dificultades de empleo para los jóvenes, las nuevas formas de marginación, los problemas medioambientales, la desigualdad de la mujer, etc.).

Muy al contrario de lo que algunos pudieran pensar, en las nuevas circunstancias sociales el socialismo puede encontrar nuevos elementos de impulso, si es capaz de sumar a sus apoyos tradicionales la voluntad transformadora de otros sectores sociales que no ven definida su sensibilidad política únicamente a partir del estricto marco de las relaciones laborales.

En esta perspectiva es en la que resultará posible que el socialismo del futuro sea un proyecto de mayorías que se irá afianzando e irá haciendo progresar a las sociedades de una manera pacífica en la profundización de la práctica democrática.

3. CONCLUSIONES

El socialismo es actualmente el principal factor nucleador de las aspiraciones de emancipación humana y de progreso social. En los ideales del socialismo se proyectan los mejores anhelos de progreso de la civilización hacia formas de vida social basadas, cada vez más firme y coherentemente, en criterios de libertad, de igualdad, de armonía y de equilibrio social. Hoy en día el ideal socialista es a la vez impulso emancipador para los sectores sociales que aún no han conquistado los derechos individuales y sociales básicos, ni se han beneficiado de las posibilidades que permite el progreso científico y técnico, y, al mismo tiempo, ele-

mento fundamental de la conciencia global de las necesidades de equilibrio social y medioambiental de este planeta.

Por ello el socialismo de las próximas décadas se ha de construir sobre la base de las demandas concretas de colectivos determinados, pero también a partir de la conciencia exigente de las necesidades globales del futuro.

El socialismo es básicamente un proyecto de futuro. El proyecto que puede —y debe— garantizar un futuro esperanzado de progreso de la civilización humana. Ese ha de ser precisamente el *norte* de las acciones políticas concretas y de las reflexiones teóricas.

Si contemplamos con suficiente perspectiva histórica y con adecuada amplitud teórica el balance actual que el socialismo puede presentar sobre sus resultados y sobre su impacto en las sociedades de nuestro tiempo, más allá de algunos juicios superficiales e interesados, habremos de coincidir en que hemos llegado a un punto de maduración suficiente como para afrontar una nueva etapa en el devenir de este ideal emancipador. Cuando se analiza con rigor y objetividad lo que ha ocurrido en el mundo industrializado durante el último siglo se puede decir que en *el largo camino histórico* el socialismo en el fondo ha ganado la batalla moral y política al modelo económico y social que exaltaron los grandes teóricos clásicos del capitalismo. En realidad nadie se atreve a defender hoy en día los supuestos morales específicos de que partían los teóricos —y los prácticos— del capitalismo librecambista y presocial. Incluso los más recalcitrantes teóricos neoconservadores de nuestros días están convencidos de la impracticabilidad a ultranza de dicho modelo en sociedades en las que, pese a todos los residuos insolidarios, la mundialización de la información y su carácter inmediato y cercano, refuerza una conciencia moral que rechaza las formas más chocantes y llamativas de desigualdad, de opresión, de explotación, de injusticia social, etc.

Por ello es por lo que con suficiente perspectiva histórica podemos considerar que el capitalismo originario, que exaltaba la competitividad sin freno y que priorizaba el valor de las «cosas» (mercancías) sobre las personas, ha sido derrotado en el terreno moral y también en un plano práctico general. Políticamente esta derrota tiene su elemento de señalización más llamativo en todas las conquistas sociales, laborales y económicas alcanzadas por las clases trabajadoras y los sectores sociales más necesitados en buena parte de las sociedades desarrolladas. Y, a su vez, encuentra sus hitos históricos más destacados en lo que supuso

la Revolución de Octubre, con todo su impacto ulterior, y, sobre todo, desde mi punto de vista, en lo que ha supuesto históricamente el socialismo democrático organizado como elemento fundamental de reequilibrio en la evolución de las sociedades occidentales; especialmente en el desarrollo, aun con todas las limitaciones que se quiera, de ese gran elemento de referencia redistributiva y solidaria que conocemos como *Estado de Bienestar*.

Pero no hay que engañarse: el socialismo ha ganado algunas batallas morales y políticas, pero quedan aún muchas cuestiones pendientes. Ni el socialismo real (con su fracaso económico, aunque ha socializado la propiedad de los medios de producción, y su incapacidad de libertad) ni la socialdemocracia (que no ha sustituido al sistema capitalista, conservando la propiedad privada de los medios de producción, pero ha construido el Estado del Bienestar) representan una concreción de la formación social socialista, pero han favorecido por vías diferentes la creación de condiciones técnicas y económicas, para la construcción de una sociedad socialista.

El socialismo puede afrontar el futuro desde una perspectiva de cierto optimismo. Podemos encarar la próxima década no sólo a partir de los *logros alcanzados* y, por lo tanto, a partir de la conciencia de la *capacidad movilizadora y transformadora* de nuestros ideales, sino también sobre la base de nuestra *capacidad de aprendizaje*. Lo que diferencia un ideal vivo y dinámico de una doctrina fosilizada es la capacidad para renovarse a partir de las experiencias prácticas. Y los socialistas sin duda han aprendido mucho de las experiencias de las últimas décadas. El socialismo en su sentido más amplio ha acumulado una cantidad impresionante de experiencias. Y en nuestros días estamos asistiendo precisamente a una especie de gran movimiento de recolección de tan amplia cosecha de experiencias. En cierto modo parece como si actualmente socialistas democráticos, comunistas y otros sectores políticos de izquierdas coincidieran en reconocer que ha llegado el momento de hacer balance y de recoger la cosecha de las experiencias de los últimos tiempos, pasando nuestros resultados por un tamiz adecuado que nos permita depurar lo válido de lo inservible.

Esa puede ser, sin duda, la mayor grandeza del socialismo como ideal emancipatorio: su capacidad de renovación y de adaptación a los nuevos tiempos y las nuevas realidades, desde el acervo de una gran experiencia y desde el dinamismo que proporciona su carácter de movimiento social vivo y operativo.

Por eso, tenemos por delante un gran reto y una gran responsabilidad histórica y política. Nuestra responsabilidad consiste, ni más ni menos, en ser capaces de contribuir positivamente a la construcción del *socialismo del futuro*, desde el pasado y el presente del socialismo. Los intelectuales y los responsables políticos tienen que lograr que la elaboración *teórica del socialismo del futuro* vaya por delante de la propia práctica política de nuestros días, no sólo ejerciendo una tarea de valoración crítica del pasado, de análisis de las insuficiencias y de las limitaciones de la teoría y la práctica histórica, sino también y básicamente abriendo nuevos caminos, trazando nuevos objetivos y profundizando, en suma, en las grandes metas transformadoras propias de los ideales socialistas.

El socialismo es un ideal y un movimiento social no sólo capaz de renacer de sus cenizas, sino que encuentra su fuerza y su impulso precisamente en sus experiencias y en sus crisis. El socialismo se vivifica en las experiencias y en la reflexión teórica. De ahí que no debamos inquietarnos porque en estos momentos el socialismo en su más amplia expresión esté viviendo una etapa crítica, de revisión, de análisis y de debate. La disposición a afrontar esta crisis de una manera abierta y no dogmática es la mejor garantía de que vamos a salir profundamente vigorizados de los debates que estamos realizando.

El socialismo, tal como hoy lo entendemos, se ha ido desarrollando a lo largo de los dos últimos siglos a través de diferentes etapas bien perfiladas. La *primera «etapa precursora»* se encuentra, sin duda, claramente enlazada con los ideales de la Ilustración y con el espíritu que animó la Revolución Francesa y que culminó en las revoluciones democráticas de nuestra época.

Sin embargo, en realidad, el socialismo tomó cuerpo y adquirió unos perfiles específicos en una *segunda «etapa teorizadora»*, en la que el esfuerzo intelectual de los grandes pensadores sociales del siglo pasado contribuyó a dar carta de naturaleza propia y suficiente perspectiva histórica a los anhelos y necesidades de los sectores sociales que vivían más mutiladoramente las consecuencias de la revolución industrial capitalista.

Una *tercera «etapa de carácter práctico»* en el desarrollo del socialismo hay que situarla en el período que se inicia al filo de la Primera Guerra Mundial, durante el que tiene lugar la asunción de responsabilidades políticas concretas por organizaciones socialistas de diferente orientación. El socialismo dejó entonces de ser un mero ideal, una mera referencia teórica, para empezar a acometer

experiencias políticas prácticas. Como todos sabemos, esta etapa dio lugar a un período de intenso debate y de importantes divisiones, que en cierto modo revelaban las insuficiencias y lagunas de algunas teorizaciones anteriores. Por ello, esta etapa vino acompañada también de un acusado esfuerzo teorizador. Pero se trató en buena medida de una teorización parcial y justificadora *a posteriori* de prácticas políticas previas y muy concretas: la leninista y la socialdemócrata. De esta manera el debate teórico posterior a la etapa de los *grandes padres fundadores del socialismo* fue un debate extraordinariamente mediatizado por lo que «se hizo» y lo que «se dijo» en algunos países muy concretos (Rusia y Alemania, básicamente) y en períodos y circunstancias históricas muy específicas, y en realidad difícilmente repetibles o extrapolables. No es por ello extraño que la dimensión teórica del socialismo en esta tercera etapa haya estado oscurecida y vicarizada por la propia *práctica política concreta* de cada cual.

Históricamente puede decirse que de la *primera etapa* del socialismo queda la llama, el impulso que puso en marcha el ideal, de la *segunda etapa* hemos heredado un importante acervo de ideas y de elaboraciones teóricas; pero de la *tercera etapa* lo que en realidad queda —y quedará en los libros de historia— es un conjunto de experiencias prácticas de las que tenemos que ser capaces de extraer las conclusiones oportunas.

Hoy en día es preciso preguntarse hasta qué punto la *teoría* que mantenía viva la llama del impulso inicial, y que sirvió para movilizar y tensionar a amplios *sectores sociales* en la búsqueda de *experiencias políticas* concretas, continúa manteniendo la misma capacidad operativa y sigue sien-

do capaz de despertar entusiasmos y de alentar y orientar experiencias concretas.

En realidad, basta mirar a nuestro alrededor para comprender que algunos enfoques teóricos tradicionales del socialismo ya no son capaces de cumplir este papel. De ahí que en nuestros días se esté abriendo una nueva etapa en la historia del socialismo. Y esta *cuarta etapa* ha de ser necesariamente una «*nueva etapa de teorización*», capaz de lograr un mayor impulso y de orientar los nuevos desarrollos prácticos del socialismo.

Nuestra ventaja en estos momentos —si se me permite traer al caso la célebre frase de Newton— es que actualmente los socialistas también tendremos la «posibilidad de ver más lejos», «porque nos auparemos sobre hombros de gigantes», y, a su vez, porque sobre la base de las aportaciones teóricas de los clásicos del pensamiento socialista hoy estamos en condiciones de lograr que nuestras aportaciones teóricas para el futuro se enriquezcan con el contraste de una amplia experiencia acumulada.

En definitiva podemos decir que a la hora de trazar nuevas singladuras los socialistas no sólo sabemos que *ya hemos recorrido una parte de nuestro trecho*, sino que estamos en condiciones de beneficiarnos de importantes experiencias sobre la forma de orientarse y de recorrer —o no recorrer— unos u otros caminos.

Cuando un viejo tiempo llega a su fin, y una nueva etapa de grandes posibilidades científicas y sociales se apunta en el horizonte, es preciso coincidir, en suma, en que ha llegado el momento de impulsar abiertamente sobre los sólidos cimientos del *socialismo histórico*, un *socialismo renovado de futuro*. Un socialismo para las nuevas generaciones y para los nuevos tiempos. Esa es la tarea.